



El Personalismo en el Concilio Vaticano II

II — PERSONA HUMANA Y COMUNIDAD

¿EL CONCILIO VATICANO II tendrá, en el fondo, espíritu individualista? ¿No hay un riesgo en ello, ya que la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes" comienza poniendo con tanta decisión el énfasis en la dignidad de la persona humana en sí misma, frente a todas las demás realidades terrenas? ¿No lleva a la misma consecuencia el reconocer que la esencia de la persona está en su "interioridad" y que en esa área interior ella sola es la que ha de tomar conciencia de sí y del mundo (inteligencia) y ella desde esa soledad tiene que decidir (libertad) y ella debe ser desde su interioridad la responsable de su conducta (conciencia moral)? Finalmente, ¿no consagra el Concilio la autonomía de cada persona humana, poniéndola a resguardo de toda amenaza externa a su interioridad, al conectarla directamente con Dios, ya que tiene una vocación trascendente y, por ello, cada individuo humano "personalmente, ante la mirada de Dios, decide su propio destino"?

Parece evidente que estos principios del Concilio excluyen toda concepción autoritaria, totalitaria, colectivista, en que la persona es dirigida desde afuera y sometida a un medio y un destino "exterior" o "contrario" a ella. Pero sería un grave error querer defender una concepción individualista del hombre y atribuir al Concilio una mentalidad individualista.

por
ISMAEL QUILES

Al efecto, el segundo capítulo de la Primera parte de la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes" nos aclara el pensamiento del Concilio sobre la relación "Persona y Sociedad".

1. Y la primera afirmación del Concilio es el **hecho** mismo: el carácter social del hombre. Dios ha querido que todos los hombres constituyan una sola familia, unidos entre sí con espíritu de hermanos¹. El hombre nace y se desarrolla en la sociedad y no puede prescindir de ella. Es un hecho que todos los hombres han sido creados a imagen y semejanza de Dios "llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo"². Para los cristianos esta semejanza ha de acercarse también a la unidad de las tres Personas divinas, por lo que hay un mayor fundamento y estímulo para la unión de todos los hombres entre sí en la verdad y en la caridad. "Esta semejanza demuestra que el hombre es la única creatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, y no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera a los demás"³. Todo ello nos está afirmando **el hecho y la necesidad** del hombre de vivir en sociedad como medio indispensable para alcanzar la propia plenitud. No sólo eso, sino también como medio indispensable de realizar su vocación, destinada a constituir con los demás hombres una sola familia.

2. En segundo lugar, el Concilio señala que, en el mundo actual, las relaciones sociales se hacen cada vez más intensas y mayores en número. "Entre los principales aspectos del mundo actual hay que señalar la multiplicación de las relaciones mutuas entre los hombres" ⁴. Y justamente el Concilio se preocupa de subrayar la importancia de las relaciones sociales del hombre ante los dos hechos que caracterizan al mundo actual: "La creciente interdependencia mutua de los hombres y la unificación asimismo creciente del mundo" ⁵.

3. Pero lo que el Concilio desea particularmente subrayar, es el carácter de **absoluta** necesidad que la persona humana tiene respecto de la sociedad. No se trata pues de algo "accidental" que el hombre puede asumir, sino de algo mucho más profundo y mucho más íntimo, que tiene sus raíces en la naturaleza misma del hombre. Los textos del Concilio son, en ese aspecto, definitivos; y, aunque no son una doctrina nueva en la tradición de la Iglesia y de la teología, ponen, sin duda, el énfasis, el que podríamos llamar "nuevo" énfasis, en este aspecto social de la persona humana. Los textos son muy claros: "La persona humana... por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social". Nótese, pues, que la sociedad surge de la **naturaleza misma** del hombre y con una **necesidad absoluta**. El Concilio insiste en que la sociedad no es para el hombre algo accidental, si no que pertenece a su naturaleza y le es indispensable para realizar su vocación: "La vida social no es, pues, para el hombre, sobrecarga accidental. Por ello, a través del trato con los demás, de la reciprocidad de servicios, del diálogo con los hermanos, la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades y lo capacita para responder a su vocación" ⁶. Antes había el Concilio ya afirmado la íntima naturaleza social del hombre: "El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás" ⁷.

4. Los comentaristas insisten en que esta afirmación de la sociabilidad del hombre por parte del Concilio implica una explicitación mayor de la doctrina de la Iglesia acerca del hombre. "El dato de experiencia de la multiplicación de las relaciones entre los hombres, [...] debe ser recogido como una revelación más plena de lo que es el hombre. Es cierto que en la afirmación radical de la esencial sociabilidad del hombre estaba implícitamente afirmada también esta forma nueva de expansión de su ser social; pero ha sido la historia la que ha enseñado a la Igle-

sia, como a los demás hombres, lo que quería decir para el hombre ser social en el mundo en el que el progreso técnico se va perfeccionando apresuradamente [...]. El hecho que recogemos se convierte así en la manifestación histórica de la naturaleza en permanente dinamismo, en el que se afirma la fidelidad a sí mismo en su propio desarrollo. La Iglesia podrá conocer el plan de Dios solamente si sabe leer la presencia de la energía divina en la evolución de una existencia humana a la que quiere integrar en el Plan de Dios. Que la multiplicación de las relaciones mutuas entre los hombres se eleve así al rango de los signos de los tiempos, es perfectamente legítimo" ⁸.

5. Por nuestra parte, nos complace que la Iglesia haya explicitado más su pensamiento acerca de las profundas raíces que lo social tiene en la naturaleza del hombre. Los argumentos clásicos apenas se referían a la necesidad que el hombre tiene de la sociedad para su desarrollo. Aquí profundizamos más en la estructura del hombre, en su dimensión de intersubjetividad y aún, teológicamente hablando, en cierta similitud con la sociedad trinitaria y en la doctrina del cuerpo místico de Cristo. Desde el punto de vista metafísico, afirmamos ya la esencial relación entre lo social y la esencia misma del hombre en nuestra obra **La Persona Humana** ⁹, en el estudio que entonces dedicamos al fundamento metafísico de lo social y de lo jurídico en el hombre. Allí llegamos claramente a la conclusión de que, siendo a intersubjetividad una estructura ontológica de la persona humana, lo social, como tal, resultaba, a su vez, una dimensión ontológica. No era una simple necesidad externa, sino una exigencia esencial al hombre. Y así concluíamos: "lo social no es una consecuencia de la esencia metafísica de la persona humana, sino que es su esencia metafísica misma" (p. 406).

Ante algunas observaciones de carácter lógico que podrían presentarse a esta fórmula, llegamos a una afirmación que nos parecía ya entonces indiscutible y que actualmente es asumida explícitamente, aunque no con terminología filosófica, en la doctrina del Concilio: "lo menos que puede decirse es que lo social es una estructura metafísica esencial al hombre" ¹⁰. Insistíamos entonces en que las dos raíces, la intersubjetividad por una parte y, por otra, la trascendencia que une a todos los hombres a Dios (lo que significa el máximo lazo de unión entre ellos mismos), eran el fundamento metafísico de lo social, la mayor garantía de la herman-

dad y la negación del individualismo entre los hombres.

6. Pero, esta afirmación del carácter fundamental de la persona humana, como el ser de mayor dignidad en la naturaleza, de su interioridad esencial y de su responsabilidad individual ante Dios por una parte, y la afirmación de su esencial carácter social, no pueden menos de suscitar tensiones en el hombre entre su realidad de persona autónoma y de ser social, realidad compleja a la que no puede escapar. El Concilio establece con claridad los principios que deben guiarnos para resolver debidamente esas tensiones.

Es evidente que el desarrollo de la persona humana y el desarrollo de la sociedad están íntimamente condicionados. He aquí el principio de **mutua interdependencia** que el Concilio presupone¹¹. Se trata de un hecho y un principio cuya importancia señalan todos los comentaristas. "El hombre no puede realizarse como persona sin la sociedad, y, a su vez, la realización del hombre ha de repercutir necesariamente en el enriquecimiento de la vida social. Interesa subrayar estas afirmaciones conciliares, especialmente en lo que con ellas se establece de "esencialidad" de la vida social para realizar a la persona humana. En ello puede verse, sino una novedad doctrinal, si al menos una insistencia peculiar que ha de tener interesantes repercusiones prácticas cuanto a la concepción de la vida cristiana"¹².

"Por otra parte, la vitalidad y progreso de la sociedad humana dependen de las personas. Toda independización de las instituciones sociales, toda represión y sojuzgamiento de la libertad e iniciativas personales, perjudican y amenazan no sólo al hombre sino a la sociedad misma. En este sentido, la cuestión de humanización de la sociedad y socialización del hombre no significa alternativa ninguna. Igualmente erróneo sería creer que el desarrollo de la "sociabilidad" del hombre se produce a costa de su "individualidad" o a la inversa. La despersonalización conduce siempre, lógicamente, a la des-socialización"¹³.

Estos comentarios subrayan claramente la esencial interdependencia entre persona humana y sociedad, de modo que no hay auténtico desarrollo de la persona humana sino en la sociedad y no hay a su vez auténtico desarrollo de la sociedad sino con el auténtico desarrollo de la persona humana. Sociabilidad e individualidad deben crecer simultáneamente.

7. Con ello podríamos ya concluir que es incompatible con la doctrina del concilio el simple socialismo o el simple individualismo, como soluciones unilaterales de

las relaciones entre el hombre y la sociedad, o, para hablar con más precisión, entre el individuo humano considerado en sí mismo y el individuo humano considerado en sociedad, entre persona humana y sociedad humana.

Pero, aunque es evidente que individualidad y sociabilidad, o, por usar términos conciliares, "personalización" y "socialización" deben crecer armónicamente, queda todavía pendiente un ulterior problema. Es, por así decirlo, el último problema, la última instancia en la relación persona-sociedad. Porque dada la complejidad de la vida humana, es con frecuencia difícil determinar cuál es el punto de equilibrio entre los intereses de la sociedad y de la persona. En la práctica la tensión y a veces la incompatibilidad de intereses ha surgido demasiado en la historia, para que no tengamos conciencia de los abusos que se han cometido y se pueden repetir unas veces por individualismo, otras por socialismo.

Por eso, en caso de incompatibilidad, o de necesidad de una mejor coordinación de intereses, ¿cuál es el principio que debe guiarnos para establecer la jerarquía de valores y las consiguientes prioridades?

En el fondo, volvemos a la última pregunta que se hacen los filósofos y los sociólogos: ¿Debe subordinarse el hombre a la sociedad o la sociedad al hombre? ¿Es el hombre para la sociedad o ésta para el hombre?

El problema es eminentemente práctico, pero su base es metafísica, ya que depende la concepción que se tenga acerca de la realidad del hombre y de la sociedad.

¿Qué nos dice el Concilio Vaticano II acerca de este interrogante? En el próximo estudio trataremos de recoger su doctrina sobre la prioridad entre persona y sociedad.

1º) *Gaudium et Spes*, N° 24.

2º) *Ibid.*

3º) *Ibid.*

4º) N° 23.

5º) N° 24.

6º) N° 25.

7º) N° 12.

8º) Setién, J. M., S. J., *La Comunidad Humana*, en "Comentarios a la Constitución *Gaudium et Spes*", B.A.C., 1968, pp. 221-222; ver también Rauscher, A. M. S. J., *Fundamentos naturales de la vida social*, en "La Iglesia en el mundo de hoy; estudios y comentarios a la Constitución *Gaudium et Spes*", obra colectiva dirigida por G. Barauna, O.F.M., Ed. Studium, Madrid, 1967, p. 340; Schillebeeckx, E., *Fe cristiana y espera temporal*, en "La Iglesia en el mundo actual", Desclée de Brouwer, Bilbao 1968, p. 125.

9º) 2ª Ed. Espasa-Calpe Argentina, 1952.

10.) *Ibid.* p. 407 nota.

11.) N° 25.

12.) Setién, J. M., o. c., p. 233.

13.) Rauscher, A., o. c., p. 341.